

MEXICO: EJEMPLO DE UNA CRISIS GENERALIZADA

La historia de la crisis mexicana tiene los elementos necesarios para hacer felices a los periodistas de todo el mundo y, en especial, a los salvadoreños. Tiene momentos dramáticos y aun de auténtico "suspenso". A principios de febrero el presidente López Portillo juró defender "como un perro" el valor del peso; acto seguido, los capitalistas mejicanos, convencidos de que la bravía defensa de su presidente no iba a tener efecto, y que la devaluación del peso era casi segura, apresuradamente sacaron del país enormes sumas de dinero; de esta forma la devaluación se hizo inevitable. Dos semanas después de las promesas de López Portillo, el Banco de México dejó de apoyar el peso, el cual perdió valor rápidamente. A principios de agosto los especuladores volvieron a predecir una caída del valor del peso y la historia se repitió. Nuevamente el capital se dio a la fuga y se dirigió a los bancos norteamericanos, minando nuevamente el valor del peso. Esta vez la crisis tuvo un afecto acumulativo. Los bancos extranjeros empezaron a perder su confianza en la economía mexicana y, en lugar de seguir la práctica establecida de refinanciar automáticamente los créditos de corto plazo, comenzaron a exigir su pago inmediato; pero las divisas necesarias para pagar esas deudas ya no estaban en México.

A partir de ese momento la situación se comenzó a deteriorar rápidamente. El 12 de agosto el gobierno suspendió todas las operaciones de divisas y envió al Ministro de Finanzas a los Estados Unidos a hablar con los deudores. Poco a poco se comenzaron a conocer las dimensiones del problema. Se supo que la deuda exterior de México alcanzaba los 80 mil millones de dólares, la mayor deuda externa de un país en desarrollo.

El 60% de esta cantidad se debe a bancos norteamericanos, algunos bancos muy fuertes irían a la bancarrota si no pudieran recuperar sus préstamos. La gravedad de estas implicaciones hizo que el nerviosismo sobre la situación mexicana se expandiera a los círculos financieros internacionales. El gobierno, a fin de evitar que la situación se empeorara aún más, impuso nuevas restricciones al mercado de divisas. Se estableció una tasa diferencial de cambio y parte del mercado se dejó libre. La tasa de cambio de mercado que había sido de 26 pesos por dólar a comienzos de año, llegó a 130 pesos por dólar el primer día después de que se impusieran las restricciones. A la par que se tomaban estas medidas en México, el Ministro de Finanzas estaba activo en Estados Unidos tratando de renegociar la deuda. En un principio acordó, a cambio de su ayuda, asegurarle a los Estados Unidos aumentar la oferta de petróleo a precios no mayores de 35 dólares el barril, aún si el precio mundial fuera mayor. Pero las sorpresas mexicanas no habían terminado. El primero de septiembre el presidente López Portillo anunció la nacionalización de la banca privada, a la cual responsabilizó por la fuga de capitales y el desastre financiero.

Esta dramática historia afiló los lápices de nuestros periodistas. Sus sospechas de que México estaba encaminado hacia el socialismo quedaron probadas con la nacionalización de la banca. Para ellos, la crisis era una prueba más del fracaso económico de los países socialistas, socialistas toides y simpatizantes con el socialismo. El fracaso personal del presidente López Portillo, co-responsable de la declaración franco-mexicana, era una realidad innegable.

No hace falta mucha reflexión para

comprender que el problema ha sido presentado a nuestro público con una buena medida de distorsión. México no es el único país con problemas de divisas. Argentina, donde los más fervientes defensores del mercado libre han estado al frente de la política económica durante los últimos años, también está al borde de la bancarrota. Polonia, que tiene una economía planificada, ha tenido que negociar hasta el pago de intereses; Chile, conocido campo experimental de la escuela de Chicago, ha tenido que acudir al Fondo Monetario. En realidad, el problema abarca países con toda la gama de formas de organización de la actividad económica, y la preocupación sobre la universalidad del problema es tal, que la mayor parte de los debates en la reunión del Fondo Monetario en Toronto, giraron alrededor de la necesidad de aumentar sus recursos para hacerle frente a las nuevas circunstancias. La primera conclusión, entonces, es que México no está solo en sus dificultades. También podemos concluir que los problemas de deuda externa no parecen depender de ninguna forma específica de organizar la actividad económica. Los países se endeudan por muchos motivos, pero, en general, el criterio que usan para saber hasta dónde vale la pena endeudarse depende de cómo prevean que va a ser su capacidad de pago en el futuro, es decir, de cuantos dólares van a disponer gracias a sus exportaciones. México, rico en

petróleo y acostumbrado ya a las tasas de crecimiento real de hasta el 9% anual que había tenido en años recientes, sentía que su capacidad de endeudamiento era enorme; y los bancos internacionales parecen haber estado de acuerdo con esta apreciación, pues estaban muy dispuestos a prestarle las cantidades que deseaba. La recesión económica mundial, sin embargo, contrajo la actividad económica en todas sus partes y el comercio internacional sufrió las consecuencias. Las importaciones y exportaciones de casi todos los países han disminuido. El valor de las exportaciones petroleras de México bajó 6 mil millones de dólares este año. Su enorme endeudamiento se puede atribuir a las grandes expectativas con respecto al futuro económico que se generaron cuando se descubrió la magnitud de su potencial petrolero; y sus problemas de divisas se pueden atribuir principalmente a la disminución de las exportaciones y a la fuga de capitales por motivos especulativos.

Los aspectos generales del problema de la deuda externa parecen estar bastante claros, pero, ¿qué se puede decir sobre el remedio específico aplicado por México? La nacionalización de la banca es una disposición de grandes consecuencias, cuya importancia para la economía mexicana sólo se puede comparar a la nacionalización del petróleo en 1938. La medida parece haber cumplido con varios propósitos, al-



gunos económicos y otros políticos. Los banqueros norteamericanos reaccionaron con deleite. Para ellos la nacionalización significaba que el gobierno mexicano era el garante de toda la deuda y esto les daba confianza. El portavoz del Banco de América dijo que "este es un paso positivo que claramente coloca al gobierno mexicano detrás de su sistema bancario". La nacionalización, entonces, aumentó la confianza de la comunidad financiera internacional, elemento esencial para refinanciar la deuda. En segundo lugar, la medida lastimó a pocos, si bien es cierto que México tiene 59 bancos, más de la mitad de los activos del sistema bancario pertenecían a dos bancos, el Banco de Comercio y el Banco Nacional de México. La nacionalización, además, consolidó enormemente la posición del PRI dentro de la política mexicana. Los partidos de izquierda apoyaron inmediatamente la posición de López Portillo quien supo darle a su gesto dramático el sabor a ferviente nacionalismo que tanto gusta a los mexicanos. La ansiedad y la efervescencia política que habían sido provocadas por la crisis económica fueron aplacadas con un golpe maestro. La legitimidad de la presidencia se renovó de la noche a la mañana. Si bien la nacionalización de la banca no fue una medida del

todo ortodoxa desde el punto de vista económico, desde el punto de vista político fue un acto brillante.

¿Es justificable enfrentar un problema eminentemente económico con una medida que es tanto política como económica? Los últimos años nos han enseñado que sí. La estabilidad política y social son esenciales para el buen funcionamiento de la economía. La política económica tiene que saber reconocer el momento histórico, y debe tener siempre presente que sin paz social no hay forma de tener una economía viable. Aquellos que esconden su ignorancia de la sociedad en que viven detrás de la pureza teórica, son los que, por defender sus esquemas, pueden llevar a los países al caos social, imposibilitando toda actividad económica. Todavía es temprano para juzgar, pero la nacionalización de la banca parece ser parte de ese complejo juego político que ha permitido a los mexicanos mantener la estabilidad dentro de una sociedad cambiante. Si una medida como ésta le permite a México sobrevivir las enormes tensiones de un crecimiento rápido seguido por un frenazo estruendoso, López Portillo pasará a la historia como un verdadero mago de la política.

H.L.F.

